LA VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA LITERARIA, ARTISTICA E ILUSTRADA

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Abril 10 de 1898	Núm. 39

Director y Redactor	Secretario de Redaccion	Administrador
RAFAEL J. FOSALBA	EDUARDO GANDOLFO Dirección y Administración: calle 25 de Mayo 427	JOSÉ VIDAL

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS



Lola Quiñones

(Fotografía de Fitz Patrick)

SUMARIO

TEXTO—Para "Semana Santa": El Advenimienta de las rosas", por Francisco Caraciolo Aratta, "Sombras", poesia por Julio Flores. "Hortensia" por Mauricio Sinuic (Conclusión); "A una Estrella", poosía por Nicolás N. Piaggio, "En el álbum de R. M." peesia de Juan Carlos Menendez, "Fermin y Elina", bocéto historico por Guzman del Rio; "Dos Ansias", poesia por Enrique Rivera;, "Horas de Fiebre", poesia por Celestino V. Delfante (Celsius); "La carta de Juanito", por Paul Féval (Traduccion), "Tristes Recuerdos", poesia por Andres A. Damaichi; "Santiago Barco", por Pontsevez (Continuacion); "Mi Virgen", por Amancio D. Sollier; "Colon", soneto por David V. Gonzalez; "Jesús encueñtra á la Verónica", por Florencio Jardiel; "Todo por la patria".

GRABADOS Galeria de bellezas montevideanas; señorita "Dolores Quiñones", fotografía de Fitz Patrick, grabado de Jacobo Peuser de Buenos Aires.

El advenimiento de lás rosas

El primer rayo de sol otoñal que manda delante suyo como heraldos vocingleros, á la turba gárrula de los pájaros cantores, ha entreabierto como si fuera un amante voluptuoso, los lábios perfumadores de las primeras rosas thé.

....De las primeras rosas que la balancean á impulsos de una brisa dulcísima sus capullos como pequeños inciensiarios que agitan pequeños querubes para oficiar en yo no sé que misa misteriosa de una virgen pudicamente bella.

....Las primeras rosas!.... para el botánico no son mas que una especie vegetal que clasifica con latinajos anacrónicos; pero para el pensador, para el que las mira á travéz de la historia, desde la primera rosa natural de cuatro hojas hasta los cien pétalos perfumados que deshoja en la copa del festin la hermosa ninfa de Pompeya, desde la corona de rosas de la bacante saturada de placer y vino, hasta el rosal que florece á los pies de la virgen de Lourdes, para el soñador que duerme sobre las almohadas de las bellas utopias (las utopias de otrora son las realidades del presente) las primeras rosas thés que ha visto esta mañana abiertas en un rincon alegre de su jardin perfumado, son las ideas perfectas de un culto que tendrá su advenimiento en la noche de los siglos futuros.

Nada hay tan exacto como la ciencia para describir las flores y darles nombres exóticos; pero, el ideal de las cosas que describe no lo vé, no puede verlo con el microscópio que analiza. Solo los que la ven á treves del cristal rosado del ensueño, están más cerca de la verdad eterna que los sabios más profundos. La verdad está tan lejos del suelo que se necesita el telescopio del ensueño para percibirlas; asi como se mira á los astros de oro con el lente aumentativo...

¿Acaso el viejo Fausto no repudió sus libros y sus alambiques, su sistema y la piedra filosofal para encaminarse por el sendero del amor que es el más dulce y hechicero de los ensueños?...

Cada luz que se enciende en la noche de los hogares, no es más que una rosa de fuego que nos alumbra el sendero de la vida; cada rosa que se entreabre en las mañanas otoñales, es un foco de vibraciones luminosas que fulgura en la ruta ideal del ensueño, que es la verdadera vida.

Las rosas-thé (nuestras flores predilectas) nos sonrien desde los cabellos negrísimos y sedosos de la mujer querida, cuando sus lábios y sus ojos soberanos nos sonrien y se amustian sobre el volcan apagado de su seno divino cuando ella nos hace jemir y verter llanto de amor y las nobles lágrimas que vierte el hombre, como si quisiera en ese instante de dolor redimir á la mujer de todas las tiranias con que nuestras leyes han ligado los menores actos de su vida al deber como si fuerte cadena de hierro ligara una mata perfumada de rosas espléndidas.

Y las rosas-thé cuando estan abiertas y en sus pétalos la luz vierte sus aguas mas radiosas llenan el primer término de todo jardin, asi como saltan á la vista un cuadro admirable las primeras figuras que trazó un artista inspirado.... Despues viene el esplendor de paisaje; aqui los arbustos donde las florecillas blancas prometen el rico fruto; alli los tonos verdes aterciopelados, de las hojas de azahar y mas allá el lago en calma, que se pierde á lo lejos, luciente como lámina de acero que el sol abrillanta, el lago que se convierte en arroyo de pronto y cuya corriente al pasar por entre las escarpas menudas de las orillas murmura la cancion lejana y plañidera de Colipso la ninfa desolada que llama eternamente al amante esquivo que huye de sus caricias de fuego...

Todo ese paisaje despues pero antes las rosas....

Se entreabren bajo un cielo virjiliano, inmensamente azul; se entreabren sonrosadas aurorealmente, como los labios de las hermosas sibiles que van cantando al correr las libelulas de oro y záfiro antes de corres tras de las mariposas de las ilusiones entonando madrigales de amor dulcisimos.

El culto de las [illegible] la mirada, [illegible]ua sobre el culto de todas de siglo, lo ab[illegible] que han levantado desde [illegible] con la misma [illegible]dra primitivo altar de [illegible] que nos ar[illegible]alvajes, y desde las cavern[illegible]e le seguim[illegible]ltos seculares, hasta arroja[illegible] tierra, a [illegible] las cúpulas soberbias de San lejos, com Constantinopla y de San Pedr[illegible] par [illegible].

Los griegos que te[illegible] la mente, esplendos de astros para amasar con ellos sus leyendas magnificas, han perpetuado que las rosas surjieron de la sangre de de Adonis, y el rito católico las hace surgir, siglos despues, de la sangre vertida por aquel mártir sublime que se adelantó diez y nueve siglos á su época, aureleando su frente con el nimbo de los inmortales.

Pues bien, estes rosas son mas eternas y perduran mas que nuestros cultos esplendidos, que nuestros templos marmóreos, que las vanidades fastuosas de los pontifices de todas las religiones positivas,

Las rosas, con la palabra misteriosa del perfume con la nota viviente del color, con la esbeltez de la linea de su graciosa figura, nos muestra el único culto que debe animar el humano espiritu bajo la bóveda azul de donde fulguran los esplendores de un Dios, arcano que traza desde el viaje de todo un dia del insecto microscópico, hasta las órbitas de lo orbes siderales, de los soles, que, como el hombre, marchan eternamente hacia un destino misterioso, á través del tiempo y del espacio incomensurables!....

Mientras los cultos se desvanecen del haz del orbe humano y sus sacerdotes orgullosos que han tenido la «audacia suma (como dice el sábio Spencer) de representar á Dios», van á confundirse con los gusanos de tierra madre; y sus templos altivos se desmoronan sobre el polvo de los ritos antiguos; y á una teogonia vieja sucede una religion nueva, las rosas-thes esas pequeñas florecitas lloran en sus tallos una savia mas potente que la mentira dorada de nuestra fé religiosa, y embalsaman de siglo en siglo los cuerpo yertos de las viejas relijiosas abolidas... y sobre esas ruinas brotan mas lozanas y esplendorosas.

Temedle! sacerdotes de todas las religiones á esas rosas!

Temedle!... ellas destronaran á vuestros idolos fulgurantes de sus ornacinas de piedra dorada consagradas al culto grosero de los sentidos! Mas que vuestras parábolas, revestidas con el traje brillante del sofisma, puede más el delicado aroma de la rosas.

Por que ellas serán los insenciarios del culto purisimo del amor universal y de la reconciliacion de la familia humana!...

Temedle! á esas rosas inofensivas que adornan nuestros altares!... Cada jardinero que las cultiva con amoroso afan es un sacerdote inconsciente de esa fé futura; cada pobre florista que vocifera su aromada mercancia es un heraldo que propaga de dogar en hogar, los ritos perfumados del nuevo culto; cada virjen que las coloca sobre su corazon, despues de haberlas hecho jesminar y florecer en la cuidada maceta, como si fuesen un afecto nuevo y dulce, es una vestal sagrada, que por instuicion divina conserva vivo el fuego del perfume que destronará al acre olor del quemado incienso.

Y fijaos bien en esto. Alli donde las multitudes ya no corren presurosas á ofrendar á los idolos creados por la fantasia ó por la ambición, entre los trozos gniticos del dólmen druida, en los campos asoleados de la Siria, entre los mármoles patélicos del Partenon, y aqui mismo, en América, entre las ruinas del templo precolombiano, las rosas, solo ellas levantan al cielo sus corolas soberanas...

Y ha de venir el inmortal advenimiende las rosas!

Ha de venir sobre el planeta, cuando en el espacio callado de nuestras grandes catedrales desiertas no suene para siempre, jamas, el miserere, ya inutil de los hombres malos en torrentes sonoros del órgano grave.

Ha de venir, cuando esos pequeños levitas vestidos de blanco no balancearán mas las cazoletas del incienso, arrojando al espacio nubecillas juguetonas de azulado humo. Ha de venir cuando el tabernáculo vacio del idolo de oro no fulgurará como Moises en la montaña iluminada, sobre las cabezas plegadas á un soplo temible de la voz de un Dios fatalista y

vengativo, como se plegan las mieses maduras el soplo impetuoso del pampero... Ha de venir! Ha de venir!....

Oh! entonces entonará la humanidad entera el inmenso hosana del amor universal! Entonces las rosas movidas por un soplo divino ajitaran siempre eternas y siempre perfumadas, sus vivientes incensarios, bajo un cielo que celebrará esa inmensa apoteosis con los esplendores de un sol de primavera!...

Y las rosas sobrevivieran por el amor al culto de nuestros mayores, á las religiones positivas de nuestros hijos y à la filosofía de nuestros nietos y entreabrirán en la tibieza de las azules noches orientales, los labios sedosos de sus pimpollos, para celebrar sus misteriosos ritos perfumados con los astros siderales, esas rosas fulgurantes del espacio insondable......

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Abril [illegible] 898.

SOMBRAS

(INEDITA)

Sangriento el sol corona la alta cumbre
y mustio al despedirse de la tierra,
se amortaja con sábanas de lumbre
y espira como un dios tras de la sierra.

La tarde entorna los cansados ojos,
y al sucumbir, doliente y abrasada,
cual sobre inmensos almohadones rojos,
la cabeza reclina destrenzada.

Y entonces Dios, enamoado de ella
desde su trono azul lleno de galas,
al verla triste, moribunda y bella,
poco á poco la cubre con sus alas.

Y del silencio ante el solemne halago,
la alba luna, esa anémica sublime,
que finge amor al soñoliento lago,
llega y un beso á la espirante imprime.

Oyense preces en ignotas aras,
y, al fin, envuelta en sus obscuros velos,
la inmensa negra de pupilas claras
penetra en el alcázar de los cielos.

Llena al punto el espacio de crespones,
hace vibrar el arpa del mutismo,
y comienza á llorar exhalaciones
como gotas de fuego en el abismo.

La flor cierra los labios; calla el mundo;
en luz se rompe en lo infinito el astro;
y del negro horizonte en lo profundo,
sube la niebla en olas de alabastro.

Surge Morfeo, el dios ebrio de opio
que al pardo buho del osario alegra,
y el astrónomo apunta el telescopio
á las pupilas de la inmensa negra.

En tanto, del vacío en la negrura,
como lagos de pétalos de rosas
frescas y blancas, en la eterna altura
se ven palidecer las nebulosas.

Transpiran el bosque aromas embriagantes,
ya duerme los monótonos ruidos
de sus hojas, temiendo por instantes
que despierten las aves en sus nidos.

Duerme la vírgen en su blanco lecho
y sueña con las flores y las nubes,
mientras le rozan el ebúrneo pecho
con sus abiertas alas los querubes.

Duerme el niño y suspira blandamente,
y sueña con el seno que le aguarda,
mientras le arrulla con amor ferviente
quedo, muy quedo, el ángel de la guarda.

El criminal no duerme: su conciencia
no deja que sus párpados se unan;
pe la noche le espanta la presencia,
el silencio y la sombra le importunan.

El amante está en vela, pero sueña,
sueña con los encantos de su amada,
cierra los ojos y la vé risueña
con la cabeza hundida en su almohada.

El fuego fátuo, sol de los osarios,
brota de los sepulcros entreabiertos,
y agitando sus fúnebres sudarios
hablan á solas los helados muertos.

Sólo del mar el poderoso grito
se oye vibrar en tan solemne calma;
canta el poeta, explora el infinito,
y al infinito se remonta el alma.

La luna, en tanto, entre ignorados mundos
del monte baña con su luz los flancos,
y parecen sus rayos moribundos
hebras sutiles de cabellos blancos.

Y al fin sucumbe, desolada y triste
mostrando su letal abatimiento,
y son las nubes con que al fin se viste,
rotas mortajas que amontona el viento.

De súbito la noche entristecida
siente que alguien la acosa, y asustada
corre, corre temiendo por su vida,
corre á perderse en la insondable nada.

Surge la aurora en horizontes bellos,
y à la noche, colérica, amenaza;
luego empuña sus dagas de destellos
y la hiere, y después.... ¡la despedaza!

Salta la luz en explosión ardiente
y al mundo rueda en argentada lluvia,
mientras en pie, sobre el lejano Oriente,
canta victoria la gigante rubia.

JULIO FLOREZ.

Vera Cruz (Méjico), Marzo 2 de 1898.

HORTENCIA

(Conclusión)

Pero como la que asi luchaba era su voluntad y no su corazon, pronto aquella se vió relegada al segundo término para dejar á este último el lugar preferente; lo cual no quiere decir que se hubiera enamerado, aunque no se hallaba muy lejos de estarlo. Una palabra podia bastar para hacerla caer en la cuenta de que no era ese; entonces lo habria olvididado facilmente. Sin embargo esa palabra no debia pronunciarse y asi Hortensia pudo pensar que, tal vez, aquel fuera el hombre bueno é inteligente de sus quimeras.

Y este era Marcelo, el joven rubio, de ojos claros y mirada penetrante.

Tenia Marcelo veinticinco años; su figura era correctamente distinguida; en cuanto á su carácter, alegre y sumamente afable lo hacia simpático y acreedor al aprecio y cariño da sus amigos. En su fisonomía, aunque parecia ser franca, no podia leerse lo que guardaba en el fondo de su corazón, no podia saberse si estaba dispuesto al amor ó á la indiferencia, si ocultaba algo muy bueno ó algo muy malo. Y Hortensia que hubiera deseado sorprender sus sentimientos, saber hasta cual grado de nobleza ellos alcanzaran, no comprendia cuan difícil ello es, puesto que en sì misma tenia la prueba; ¿acaso conocía bien su corazón, más misterioso aún por ser de mujer? ¿Acaso atribuia ella al amor la causa primordial de su interés por Marcelo? ¡Quién sabe! No trataba de indagar lo que pasaba por su alma, á pesar de que anhelaba penetrar la de aquel.

Se interesaba, por tanto, en las conversaciones que pudieran llevarla al fin que deseaba, esto es hablar de él; y entonces, aparentando serle indiferente, multiplicaba las preguntas, sin que después de todo llegase á adelantar un paso por aquella senda.

Así fué, sin embargo, que una vez mientras conversaba con algunas amigas sobre distintos temas de actualidad, una de las presentes dijo de pronto:

—«Adivinen ustedes quien obsequia á Susana.»

—¿«Quién? ¿quién? repitieron las mas curiosas; y Hortensia aunque temiendo adivinar exclamó: — «¡Marcelo!» — antes que las demas hablaran, y esperaba haberse equivocado, cuando la primera dirigiéndose á ella, preguntó:

—«¿Ya lo sabias?»

—«No, no lo sabia»—contestó con indiferencia, y luego impulsada por el deseo de saber algo mas, añadió: «Escucha, creo que te engañas, porque...» é iba á inventar una fábula para seguir la charla sobre lo mismo, pero su amiga la interrumpió:

—«No me engaño, no, me lo habian dicho, mas ayer los he visto en el Club Católico y...»

—«¡Cuéntanos, cuéntanos!—exclamaron todas, incluso Hortensia, quien no deseaba otra cosa, sin hacérselo repetir comenzó la «Charlarina»:

—«Marcelo, que, entre parentesis, lucía una soberbia orquidea en el ojal, ocupaba el asiento inmediato al de Susana; él nada atendia, á no ser la amena conversacion de su Dulcinea, en tanto que ella, inclinándose un poco para que el murmullo de su voz no se perdiera entre el confuso rumor que reinaba en la sala, dirigia á Enriqueta, cuyo asiento quedaba algo distante del suyo, una mirada triunfante, como queriendo decirle:—«Mirame, por ti me olvidaron, pero que importa! ya tengo quien se ocupe de mi ¿no lo ves? —y volvia á desafiarla con la mirada, cual si á la otra le importara algo de Marcelo. ¿Qué tenía que ver aquella con este? ¡Nada! ¿Entonces, qué podia importarle la nueva conquista de la que había sido un momento su rival? ¡Nada! Pero

esto á nosotros no nos incumbe. Lo que he sacado en consecuencia es que son ciertos los amores de Marcelo y Susana; y seguramente, «el amor es ciego» puesto que él no veía... ¿no piensan ustedes así?»

Cada cual dió su opinión como mejor le pareció, luego la conversación tomó otro giro.

Cuando Hortensia se hubo separado de sus amigas, reconstruyó en su memoria todo lo que con ellas habia hablado, y, después de forjar muchas hipótesis referentes al asunto que la preocupaba, concluyó por preguntarse:—¿Será verdad?

Al formular esta pregunta surgia la duda en su espíritu; hasta entonces habia creido en la sinceridad de Marcelo, á quien se complacía en imaginarlo su ideal pero desde ese momento, movida por un poderoso afán que la impelía á querer conocer la verdad, antes de declararse á si misma que se habia engañado, resultaba herido su corazon—herido al verse burlado por las apariencias—se formaba una corriente de ideas que, sucediéndose unas á otras, ya en favor, ya en contra de Marcelo, constituian la base de esa duda cruel que empezaba á torturarla. ¿Sería cierto cuanto su amiga acaba de referir? y si lo era ¿por qué no descubría el engaño en aquella mirada limpida y serena? pero ¿por qué engañarla? No, eso no podia ser si él era su ideal; ella indudablemente, sería tambien el suyo, y entonces.... mas ¿acaso estaba segura de que lo fuera? ¿lo amaba acaso? ¿se lo habia dicho el corazon con franqueza?...

Y como hubieran pasado tres dias sin verlo, pensando que quizás fuera Susana la causa, en un arranque supremo—que un observador poco sagaz lo hubiese atribuido á los celos—cual si quisiera librarse de un pensamiento harto enojoso, se dijo: —¡En fin! no era ese, y luego ¡Traidor!... ¡Ingrato!

Estas dos palabras de reproche, pronunciadas con cierta amargura, reunieron todo lo que pasaba por su alma, como queriendo inculparlo de su equivocacion y, à la vez, de no haber sabido agradecérsela... ¡Cuanto misterio en un corazon!

Desde entonces hasta la hora en que la dejamos en el balcon de su casa, solo una vez habia visto á Marcelo, pero, volviendo la cabeza cuando este pasaba no quiso mirarlo; despues no habia vuelto á verlo.

Propúsose no pensar más en él y no obstante, queria saber si era cierto cuanto le habian contado; fué por eso por lo que le contrarió no ir al al Prado, allí los veria juntos y ya no dudaria,.. y aqui sus mas firmes propositos desaparecian pues tratando disculparlo se preguntaba: ¿Y si no hubiera sido verdad? ¡ab! ¿por qué presté oido á todo con tanta ligereza?»

Mientras, la luna, descendiendo hacia Occidente, iba dejando envuelta en la penumbra á Hortensia, quien dominada por la melancolia del paisaje se sintió triste muy triste é imáginó que así como el astro de la noche pasa irradiando su ténue claridad un instante sobre la tierra y deja en pos de sí la sombra, asi Marcelo habia cruzado por su alma dejando en ella un dolor vago, producido por aquella duda que al acusarse ella de lijera, desaparecia casi para dejar lugar à esta otra: ¿Seria él su ideal soñado?... ¿lo habria perdido para siempre? Y entornando los párpados, como vencida por el exceso de ideas que su fantasia le sugiriera, se durmió, al acompasado vaivén de su mecedora, soñando con Marcelo, que, cual verdadera encarnacion de su ideal, le brindaba con un amor grande, muy grande, siempre que ella le ayudara á elevarlo hasta donde no tienen término las cosas, hasta lo infinito!.......

MAURICIO SINUIC.

Montevideo, Marzo 26 de 1898.

A UNA ESTRELLA

Para apagar mi sed de lo infinito
tus pequeños reflejos son lumbreras
que con inmenso resplandor describen
en el cuadro inmortal de las ideas,
y ante la faz del pensamiento humano,
la exuberante vida de otras ierras
que laten y se agitan, poderosas
en la sublime pulsación sidérea.

Yo te sigo en tu curso cuando arrastras
con un poder de inconcebible fuerza
los mundos de doradas ilusiones
que en un cortejo "planetal" te estrechan.
Enormes masas que en tu torno giran,
que ruedan sin cesar y siempre ruedan,
llevando el gérmen de un amor dichoso
con el andar de su veloz carrera.
Sobre esos mundos de inquietud armónica
talvez la vida del candor se hespeda,
¡Quién sabe si sus auras son suspiros
y un tierno canto de querube la queja!

Y tú, pequeño luminar nocturno,
toda esa dicha y ese amor caldeas:
eres su savia, su flotante llama
de blando aliento y aromada esencia.
allí á tu lumbre apareció el encanto
de los matices de una aurora eterna,
la lluvias incesantes, reflextoras
del tinte seductor de mil florestas.
Allí en el seno de los tules límpidos
que coronan de lleno tus planetas
vibran tonos de música canora,
esa que escucha el soñador poeta
cuando arrulla sus horas de delirio
con el sentido acorde de la endecha...

—

Yo busco en los recónditos
fulgores de la idea
las gradas de tu imperio,
celeste luminar;
y en un reflejo insólito
que en mi cerebro ondea,
yo cuento de tus mundos
lo que llegué á soñar.

¡Quién sabe si en el óptico
vislumbre de mi sueño,
la realidad viviente
de tu sistema hallé,
ó si nutrí mi espíritu
con seductor diseño,
con líricos efluvios
de una ardorosa fé!

Si es ténue tu lumínico
fulgor por las esferas,
es solo para el hombre
que se detiene aquí,
no para aquel que indómito
se lanza en sus carreras,
hendiendo los espacios
hasta acercarse á tí.....

Tu distancia es inmensa, tu tamaño
como tu vuelo, acaso colosal;
y aunque no luzcas tu poder al hombre
en la oval del galáctico peldaño,
alli en tu propio giro sideral,
para admirar tu brillo ¡ah! ní un nombre
quien sabe si se hallara en los sonidos
de la fastuosa lengua terrestal.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

Montevideo, Abril 9 de 1898.

FERMIN Y ELINA

(BOCETO HISTÓRICO)

I

Fermin y Elina se adoraban hacia largo tiempo, con la pureza y la intensidad que solo sienten las almas cuando aman por vez primera.

Ambos, en las pocas ocasiones que tuvieron oportunidad de hablarse, se comunicaron la pasion violenta que los abrasaba, y se juraron un amor tan eterno como ardiente.

Los padres de Elina descubrieron las relaciones de esta con Fermin é impidieron el acercamiento de los enamorados.

Al tiempo mismo que crecia la oposicion á Fermin crecia la pasion de Elina al objeto amado. La oposicion, siempre trae por consecuencia inmediata el crecimiento del deseo hacia la cosa de que se nos quiere alejar.

Asi, pues, cuanto mas recrudecia la oposición tanto mas aumentaba el amor entre Fermin y Elina.

Estos, ultimamente, ya no tenian la ventura de hablarse, pero á cambio de ese martirio, impuesto por la crueldad de unos padres sin alma, Fermin y Elina, se comunicaban con los ojos, la santa fiebre del sublime sentimiento que los hermanaba y consumia!

¡Ah, cuantas veces sintieron los enamorados la amarga tortura à que los tenia sujetos la paternal tirania! ¿Por qué ese suplicio mas acerbo que el de Tántalo á dos almas que se aman con la fuerza y la castidad de los seres que habitan la region azul?

¿Porqué esa tirania sin nombre à dos almas que se han descubierto y comprendido en medio de las tinieblas de esta árida y azarosa vida?

¡Ah, es que hay seres que gozan en el dolor ageno! ¡Es que hay seres sin entrañas, que solo son felices cuando ven sufrir á sus hermanos en la naturaleza!

Espiritus tan mezquinos, solo merecen el eterno anatema.

II

Fermin y Elina continuan adorandose con mas ardor y con mas fé que nunca.

Al par que escasean sus conferencias, crecen, aumentan, toman mas vida y vigor los inmarcesibles vínculos que los unen.

Los padres de Elina se declaran impotentes para conseguir que esta olvide á Fermin. Todo es en vano. El amor es como el fuego, cuanto mas se mueve mas se aviva e inflama la llama.

Por último y como recurso supremo y decisivo, de apagar la divina chipa que vive en el corazon de los enamorados, resuelven los padres de Elina, llevar á esta lejos de las miradas de su adorador.

En efecto, un dia, se embarcan, Elina y sus padres, para un pais vecino á pretesto de cambiar de aires.

III

La tarde era lluviosa. Parecia que hasta el cielo se habia condolido de aquellas dos criaturas que iban à separarse en breve y que quien sabe si volverian á hallarse mas en su paso por la vida.

Por un capricho de lo voluble suerte, supo Fermin la inusitada partida del angel de sus ardientes creaciones de amante soñador. Compromisos de orden privado y especial, impediante ir en pos de su hechicera amada.

No obstante de esto, Fermin tomó pasaje en el mismo vapor que conducia á Elina y en él la acompañó hasta un puerto próximo al pais donde aquella iba á residir, por voluntad de su inhumanos padres.

Por el camino no se cambiaron una sola palabra, pero si un ramillete de fraganciosas flores, flores que las ardientes lágrimas y los quemantes besos de Elina, las habian marchitado. Flores que llevaban en sus cálices, la esencia de un amor tan casto como triste, si, pues las cristalinas perlas que rodaron de los negros y seductores ojos de Elina, llenaban en si, todo el sacrosanto aroma de su alma y la pálida ternura de su abatido espíritu.

¡Cuántas cosas se dijeron los enamorados, con el dulce y misterioso lenguaje de la vista. ¡Cuantas!

IV

El vapor que conducia á Elina marchaba presuroso.

Fermin lo veia alejar con la misma tristeza que ve la cariñosa madre alejarse para siempre al hijo que alimentó en su seno y arrulló en su regazo.

El vapor se iba perdiendo poco á poco en medio de la oscuridad del undoso rio. Las luces palidecian hasta perderse del todo. El pitar del vapor, al saludar á otro que halló á su paso, apenas si llegaba hasta Fermin, con esa indefinida vaguedad con que sale del pecho del moribundo el postrer suspiro!...

Solo se oia como un suave rumor en medio del solemne é imponente silencio de la noche, el ruido lejano y confuso, que producia el movimiento de la máquina del monstruo de hierro. Este apenas escuchado ruido, pareciale á Fermin el éco de una extraña voz leyendole la terrible sentencia de la eterna separacion de su casta Elina!...,

¡Cuantos suspiros se escaparon de lo mas recondito del alma de Fermin! ¡Cuantas amargas lágrimas bañaron las sedosas mejillas de la amorosa y púdica Elina!....

V

Ha transcurrido algun tiempo desde que aquellas dos almas, nacidas la una para la otra, viven ausentes.

Dicen que Elina continua llorando y sufriendo la mas acerba de todas las torturas y que está demacrada y triste. Fermin sigue suspirando y desde aquel memorable y aciago dia, se le vé, melancólico y abatido, vagar por las cercanias de la casa que habitó su amada, pronunciando, incesantemente, el para él sagrado y bendecido nombre de su tierna y divinal Elina!.......

GUZMAN DEL RIO.

Mercedes Oriental, Abril 6 de 1898.

En el álbum de R. M.

Era una chispa que vagaba errante
por el espacio azul del firmamento,
era una chispa de brillante y oro,
de dos vívidos astros era un beso;
era girón de Apolo desprendido,
rútilo fleco de auroral incendio,
era una chispa, pura y diamantina,
vagabunda en las rémiges del viento.

Y en los azules ámbitos buscaba,
para oficiar de sol, límpido cielo,
mas un cielo apartado, do pudiera
única ser y desparcir su fuego,
un trozo de cendal inmaculado
donde lucir cual mágico lucero,
do la lumbre de soles ardorosos
no la eclipsara con fulgor siniestro.

Y era el instante en que la regia altura
abandonabas por venir al suelo,
en que, arropado en gasas blanquecinas,
emprendías, querube, tu descenso,
que Dios formote en su morada augusta
y ve hácia el mundo, balbuceó al momento,
ángeles faltan en la tierra triste,
mi mansión quede con un ángel menos.

Y tú cruzabas la region del éter,
las blancas alas del candor batiendo,
cuando, errabunda, la dorada chispa
hasta tu lado dilató su vuelo—
y vió tu frente de hermosura inmensa,
posose en ella y penetró al cerebro
y de cielo tan puro enamorada
hizo explosión de luz... y fué talento...

JUAN CÁRLOS MENENDEZ.

San José de Mayo, Abril 8 de 1893.

DOS ANSIAS

I

Contaba yo veinte años, y sentía
tan hondo malestar,
que á un doctor muy amigo que tenia
resolví consultar.

No sé, le dije, lo que en mi alma siento
que me hace estremecer;
ni sé si es alegría ó sufrimiento
lo que agita mi ser.

Y si un ave el espacio dilatado
ven mis ojos cruzar,
se despierta en mi espíritu angustiado
deseos de volar.

Y el sol, la nube, el bosque, la pradera,
el arroyo y la flor,
llevan á mi alma una emocion sincera
que aumenta mi dolor,

¿Cual es, doctor, la causa de ese llanto
y de mi loco afán?
en vuestra ciencia, que yo admiro tanto,
¿algun nombre le dan?

Al médico, que oía silencioso,
le miré sonreir,
y dijo al fin con tono cariñoso:
son ánsias de vivir!

II

Mas pasarón diez años, y sentía
tan raro malestar,
que á aquel doctor amigo que tenía
le volví á consultar.

No sé, le dije, lo que en mi alma siento
que me hace estremecer;
no es alegría, nó, ni sufrimiento
lo que agita mi sér.

Todo me causa enojos; el hastío
reina en mi corazon,
y ya no sueña el pensamiento mio
ni abriga una ilusion.

De mi vida la carga bien pesada
llevaré hasta el final:
—Hoy nada espero, ni me importa nada:
¡hoy todo me es igual!

¿Cuál es, doctor, la causa de ese tédio
que me sigue doquier?...
¿Qué mal es este, que ningun remedio
consigue yá vencer?

El médico que atento me habia oido,
pretendió sonreir,
y dijo al fin en tono conmovido:
¡son ánsias de morir!

ENRIQUE RIVERA.

Montevideo, Abril 9 de 1893.

La carta de Juanito

(Traducido del francés para «La Vida Montevideana»)

....Juanito tomó, pues, la determinacion de escribir una carta á la Virgen. De esta historia creeréis lo que queráis; me la refirieron, y os la cuento.

No es una idea rara la del pobre Juanito. El habia, no diremos leído, puesto que no sabia leer, pero si oido contar esa encantadora leyenda de nuestros tiempos, tan prosaica á la vez y tan perfumàda de poesia: una carta «Al buen Dios». Esa carta le debia haber rendido como à vos, como á mi, como á todo el mundo.

En las literaturas reunidas de todos los siglos, nada hay tan tierno, tan bello, tan conmovedor ni tan sencillamente grande, como la carta «Al buen Dios».

Notad que ello debe ser verdadero de toda verdad, pues los hombres no habian inventado esta celestial relacion. La desgracia es que haya habido necesidad de imprimirla.

Una vez impresa, es aun bastante bella pero........., ¡Ah! cuanto habria deseado haber visto la carta misma que exhalò del corazón del niño! Me sucede á veces referirmela á mi mismo, y escucharla en sueños tal como la concibo como se respira la embriaguez de un perfume.

Juanito tenía seis años, un pantalón roto por ambas rodillas, cabellos rubios, crespos y tan poblados y abundantes, que se habria podido adornar con ellos dos cabezas de hermosas damas; dos grandes ojos azules que trataban á veces de sonreirse, ¡aunque ya habian llorado tanto! una pequeña chaqueta, ¡cortada elegantemente, pero deshaciéndose en pedazos, un botin de tafilete en el pié derecho, un zapato de colegial en el izquierdo, ambos demasiado largos y anchos, llenos de agujeros, doblados en la punta y faltos de tacos.

Sobre todo esto, tenia frío y hambre, por ser una noche de invierno, y se encontraba en ayunas desde la víspera á medio dia.

En estas circunstancias se le ocurrió la idea de escribir su carta á la Santa Virgen.

Falta deciros como Juanito escribió su carta, sabiendo escribir tanto como leer.

Allá en el rincón de una avenida del barrio de «Gros Caillou», y no lejos de la explanada, existia un chiribitil de un memorialista.

Desde esa apartada patria, en Bellone, se dirigian multitud de súplicas, de reclamaciones y peticiones al gobierno, ya fuera ese gobierno el de un Rey, de un Emperador ó un Presidente: los memoriales de Bellone carecen de preocupacionas politicas.

El memorialista era un antiguo soldado, de pésimo humor, buen hombre, nada santurrón, ni nada rico, y tenia la desgracia de no estar bastante estropeado para obtener su admisión en el Cuartel de Inválidos.

No era ni más ni menos que eso.

Juan le vió á través de los vidrios empañados en su chiribitil, fumando su pipa y esperando trabajo. Entro y le dijo:

—Buenos dias· Vengo para escribir una carta.

—Vale diez centavos—respondió el tio Bouin; pues este valiente, que era tal vez la cien milésima partícula de la gloria de un Mariscal de Francia, se llamaba el tio Bouin.

Juan, que no tenia gorra, no pudo quitársela, pero dijo politicamente:

—Entónces, perdonad.

Y volvió á abrir la puerta para irse, pero al tio Bouin le cayó en gracia el muchacho y le preguntó.

—¿Eres hijo de militar, gusarapo?

—No,—respondió Juanito·—Yo soy hijo de mamá que vive sola.

—Bien—dijo el memorialista,—ya entiendo, ¿y no tienes diez centavos?

—¡Ah, no tengo ni uno solo!

—¿Y tu madre tampoco? Ya se ve, es una carta para tener que comer ¿no es eso, chicuelo?

—Si - respondió Juan;—justamente!

—Adelante! Diez líneas y media hoja de papel no me hacen màs pobre.

Juanito obedeció. El tio Bouin arregló su papel, mojó la pluma y trazò en una hermosa letra de furriel:

«Paris, Enero 17 de 1898—y debajo, á renglòn seguido:—«Al señor Don»......

—¿Como se llama él, chiquitin?

—¿Quién? —preguntó Juan,

—¡Diablo! ¡El caballero ese!

—¿Qué caballero?

—El individuo de la sopa.

Juan comprendió esta vez, y respondió:

—No es un caballero.

—¡Ah, diantres! Una señora entonces?

—Si.... nó.... es decir....

—¡Con mil diablos!—exclamó el tio Bouín.—Ni sabes á quièn vas à escribir?

—¡Oh,-si—dijo el niño.

—Pues dilo y despachad.

Juanito estaba aturdido, pues no es cómodo dirigirse á los escritores públicos para tales correspondencias. Pero tomando su valor con ambas manos, añadió:

—Es á la santa Virgèn á quien quiero enviar una carta.

El tió Bouin no se rió. Dejò su pluma y se quitó la pipa de la boca.

—Rapaz—dijo con severidad;—supongo que no tienes la intención de burlarte de un anciano. Eres demasiado pelele para que se te zurre. Media vuelta á la izquierda, y vete á fuera.

Juanito obedeciò y giró sobre sus talones, á falta de tacos, que sus zapatos no los tenian; pero al verlo tan humilde, el tío Bouin se apasiguó por segunda vez, y le miró con atención.

—¡Caramba, caramba! — refunfuñó.—Cuànta miseria hay en este Paris......

¿Cómo te llamas chicuelo?

—Juan.

—¿Juan qué?

—Nada màs que Juan.

El tio Bouin sintió su ojos humedecerse, pero encogiéndose de hombros, continuó:

—Y ¿qué quieres decirle á tu santa Virgen?

—Quiero decirle que mamà duerme desde ayer á las cuatro de la tarde, y que ella la despierte si está en su bondad hacerlo: yo no puedo.

El pecho del antiguo soldado se oprimió, pues tenia miedo de comprender.

Con todo preguntó aún:

—¿Qué hablabas de sopa hace poco?

—Pues bien—respondió el niño,—es que se necesita. Antes de dormirse, mamá me habia dada el último pedazo de pan.

—¿Y ella que habia comido?

—Hacia dos dias que decia: «No tengo hambre.»

—¿Qué hicistes al querer despertarla?

—Pues bien: como todos los dias, la abracé.

—¿Y respiraba?

Juan se sonrió, y la sonrisa lo embelleció

—No se—respondió.—Que ¿no se respira siempre?

El tio Bouin volvió la carta porque dos gruesas làgrimas rodaron por sus mejillas.

No replicó una palabra à la pregunta del niño; pero dijo con una voz un poco temblorosa:

—¿Cuando la abrazaste, no notaste nada?

—¡Como no!.... estaba fria. ¡Hace tanto frio en esa casa!

—Y ella tiritaba, ¿no es cierto?

—Oh, no.... Estaba bella, muy bella: sus dos manos, que no se movian estaban cruzadas sobre su pecho y extremadamente blancas; su cabeza caida detrás de la almohada, de manera que por la hendidura de sus ojos cerrados parecia mirar al cielo·

El tio Bouin pensaba:

—Yo he envidiado à los ricos, yo que como bien, yo que bebo bien.......

¡Hé aquí alguien que ha muerto de hambre!....

¡De hambre!.

Llamó al niño, que se acercó; lo colocó sobre sus rodillas y le dijo con toda dulzura.

—Chiquito, tu carta esta escrita, enviada y recibida. Conduceme à casa de tu madre.

—Lo haré, pero ¿por qué llorais?—preguntó Juan asustado.

—No lloro,—contestó el antiguo soldado, abrazándole hasta ahogarle, é inundándole con sus lágrimas.

—¿Acaso los hombres lloran?.... ¡Eres tú quien vas á llorar, mi querido Juani· to!...... Sabes que te quiero como si fuera tu padre.... esto es estúpido.... á menos que.... Toma! Yo tenia tambien una madre hace largo tiempo, es ciarto, pero he aquí que me la vuelvo à ver por ti, sobre su lecho, donde me dijo al partir: «Bouin, sed honrado y buen cristiano.

La Virgen pendia de la cabecera del catre; era una imagen à la cual sonreia, à la que amaba y á la que acababa de encomendarse. «Pues yo he sido honrado,—continuó el tio Bouin—es verdad, pero en cuanto é buen cristiano, ¡diantre!»

Se levantó teniendo al niño entre sus brazos y lo estrechó contra su pecho, añadiendo como si hablaseá alguien que no se veia:

—Mira, anciana madre, mira y complácete! Los amigos se burlarán si quieren. Quiero ir donde tú estàs, y te llevaré á este pequeñuelo, pobre àngel, que jamás me abandonará, porque su maldita carta, que ni siquiera ha sido escrita, ha dado, sin embargo, un doble resultado: á él un padre y à mí un corazon....

....

Esto es todo. No doy esta relación porque valga el octavo de la ingenua obra maestra que tantas veces ha humedecido mis ojos. La pobre mujer, muerta de desgracia, no resucitó sobre la tierra.

¿Quién fué? Lo ignoro. ¿Cuál habia sido el martirio de su vida?

No lo sé.

Pero hay en cierta parte de Paris un hombre, un hombre jóven aún, que es memorialista, pero no en un chiribitil, como el tío Bouin. Redacta elocuentes cosas, y todos sabeís su nombre. Llamésmole sencillamente Juan, como otras veces.

El tio Bouin es un anciano feliz, siempre honrado, y además buen cristiano. Goza de la gloria del «Chicuelo», como á veces llama à su ilustre hijo adoptivo, y es él quien me ha contado esta historia, sin principio ni fin.

Ignoro quien es el repartidor de estas cartas, pero, á no dudarlo, ellas llegan á su destino en el cielo.

PAUL FEVAL.

¡HORAS DE FIEBRE!

Post núbila... núbila!

Ah!... si pudiese en alas del deseo
Volar hacia los campos de la pátria,
Y en horas de dulcísimos afectos
Apagar esta fiebre de mis ansias,
Y entre los seres
Que adora el alma,
Que hoy son recuerdos,
Que hoy son nostálgias,
Y entre los brazos de mi tierna madre
Deslizarse las horas olvidadas!...

Si pudiese volar hacia los pórticos
De una casita blanca,
Que en arco de tupidas madreselvas
Verdes y hojosas hiedras se entrelazan;
Do tantas veces
Mi dulce Juana
Con su sonrisa
De virgen casta,
En las horas de encantos y de amores
Pálida y afectuosa me esperaba!

Si pudiese feliz volver á verla
En estas noches de la ausencia amarga.
Y decirla que la amo con delirio
Y que nunca jamás podré olvidarla;
Y de alegría
Vertiendo lágrimas
Ay! apretando
Sus manos blancas
Contra mi pobre corazón enfermo
Que sufre y que delira porque la ama!...

Soy la modesta flor de los sepulcros
Que se inclina infeliz sobre las lápidas
Y herida por el vaho silencioso
Yace triste marchita, deshojada;
Que en mi, las flores
De una esperanza,
Tambien ya secas
Dentro del alma
Graban la historia, con olor de helecho,
De unas horas que fueron... ya pasadas!

Ay! no es posible esplendidez y brisas
En el dia sin sol de una borrasca!
No es posible que tenga el peregrino
Sin fatales horas de nostálgia!
Y no es posible
Que haya palabras
De afectos dulces
En otro patría,
Todo dormita bajo el denso velo
De las eternas noches de las ansias!

Auras inquietas que en callados giros
Besais las ondas del sereno Plata,
Y que vais á jugar entre las flores
En los vastos verjeles de la Patria,
Llevad mis quejas
En vuestras alas,
Tristes lamentos
Hijos del alma
Y mis hondos suspiros
Dejadlos en la frente de mi amada!

. . . .

Dias vendrán de placidez y encanto
Cuando en el cielo de la pátria amada
Tremolando la enseña del derecho,
Brille el sol de las leyes sacrosantas.
Entonces volverán noches tranquilas,
Entonces volveran dias de calma,
Las horas de dulcísimos afectos
Las dulces horas plácidas;
Y entre los seres
Que adora el alma,
Que hoy son recuerdos,
Que hoy son nostálgias,
Apagaré el delirio de mis sueños,
Apagaré la fiebre de mis ansias!

CELESTINO V. DELFANTE.
CELSIUS.

Montevideo, Abril 9 de 1898.

TRISTES RECUERDOS

Pobre monja! En tu celda solitaria,
mientras que el alma fervorosa ruega,
¿no sientes que un recuerdo hasta tí llega
ahogando en tu garganta la plegaria?

¿No sientes que la imágen de otra vida
cuyo recuerdo tú creias muerto
hace latir tu corazón desierto
y sonrosar tu faz descolorida?

¿Por qué bajas la frente con tristeza
sobre la mano que el rosario aprieta?
¿cómo se llama la emoción secreta
que hace inclinar tu pálida cabeza?

Lloras! ¿Por qué? Ah! Piensas conmovida
en el risueño hogar que abandonastes?
en tu hogar ó en la madre que dejastes
en el abismo del dolor sumida?

¿Piensas en esas horas de bonanzas
de tu niñez? ó en aquel triste día
en que una mano indiferente, impía,
hizo caer tu trenza y tu esperanza?

No. Tú piensas en él! Febril y loca
lo busca tu mirada en vano, en vano,
aún sientes la presion de aquella mano,
aún sientes el calor de aquella boca.

Y por el campo fiel de tu memoria
aún vagan las fantasmas del pasado,
y gime el corazón amortajado
bajo el recuerdo de su triste historia.

Pobre monja! Por qué, por qué asustada
caes de rodilla sobre el mármol frío?
por qué fijas la vista en el vacío
con la pavor sobre la faz pintada?

Cárlos, murmuras? Oh! recobra el juicio,
sacude el yugo de ese horrible sueño,
no ves? Clavado en esa cruz de leño,
está tu Cristo: el dios del sacrificio!

ANDRES A. DEMARCHI.

Montevideo, Abril 9 de 1898.

Santiago Barco

(Continuación)

Por eso se dá un polichinela á un niño enfermo; loco seria el que creyera que el juguete ha curado al niño porque la diversión momentánea ha desviado del sufrimiento su atención y apaciguado sus gritos! Por mucha voluntad que concentrara ahora bajo la mordedura del remordimiento, ya no podia destruir los efectos de su falta, y para un orgulloso de su temple esta misma impotencia constituía un aumento de castigo.

Además, habia de cuidarse de que su insistencia por apartar del culpable la sanción capital de la ley, no pudiese parecer una afección de grandeza de alma que resultaria por consiguiente ridícula é ineficaz.

De todas las solicitudes, don Enrique recibió la misma respuesta: «El indulto es seguro, pero es indispensable que el reo firme su recurso de gracia y una súplica á la Reina.»

Ahora bien; lo difícil era precisamente convencer á Santiago para que firmara. Su actitud durante el consejo y despues de la sentencia revelaba la resolución mas firme, exenta de fanfarronería.

Y esto fué para el alma altanera de don Enrique un motivo complementario de irritacion y una demostracion más de los límites de su poder; capaz de remover por la salvación de su hijo no confesado á los personajes mas elevados y obligarlos, cualquiera que fuera su orgullo, su edad ó su pereza, á convertirse en solicitantes en el ministerio y en el palacio real, en consideración al último marqués de Arnedo, preveia tal esfuerzo paralizado por la voluntad contraria de un niño de diez y siete años, sin nombre, sin grado y en cuyo favor se ponían en juego tan tas influencias. ¡Qué irrisión de la suerte!

—Es preciso que le vea y le hable, pensó, conseguiré en el acto acercarme á él y hablarle sin testigos.

Pudo aprovechar un tren rápido que iba á Irún, para volver á Burgos á medio dia. Antes que le abrieran la celda del reo, el coronel habia meditado no solo las palabras que habia de dirigirle, sino preparado por decirlo asi todo el diálogo, esforzándose en preveer, según las situaciones conocidas, las palabras de Santiago y oponerle argumentos persuasivos, sin exponerse no obstante á descubrirse y revelar al jóven el secreto que debia ignorar siempre, sobre todo si consentía en vivir.

Se compuso para la entrevista una fisonomia benévola, y su primera palabra denunció sus intenciones compasivas.

—Santiago; eres cristiano y yo tambien lo soy: mi venida no tiene otro significado que la práctica de la ley de Cristo, el perdon de las ofensas. No he podido ofenderte á sabiendas, puesto que ignoraba que existiera un Santiago Barco. Te perdono el daño que me has hecho y querido hacer. Desecha de tu corazón la ira. Y como señal de regeneracion, acepta el indulto que Su Majestad la Reina està dispuesta á concederte.

Desde la aparicion del coronel, Santiago habia palidecido; se levantó y tomó correctamente la actitud del inferior respecto de su jefe.

—No quiero el perdon, repitió en tono frio y firme.

—Oye bien: la cosa es sencilla; están hechas todas las gestiones; solo tienes que poner tu nombre aqui con la firma é inmediatamente renaces á la vida.

—¡No quiero la vida!

—¡Desgraciado! piénsalo bien; tienes diez y siete años; ere inteligente, valiente; esperaba la dicha de la vida, y sin tu firma al rayar el dia de mañana habrás muerto.

—La vida no me promete dicha alguna.

—¡Exageras! ¡Crees quizás que tu culpa pesará sobre tu existencia y te marcará con la infamia! No: tu falta es el error de un momento, un arranque que nosotros los españoles comprendemos y escusamos; no entra en nuestras costumbres considerar como accion deshonrosa la venganza abierta y franca de una rivalidad por medio del asesinato. El interes de la disciplina militar hacia necesaria tu condena; descartado este punto de vista, todos conspiran à tu favor. Podrás vivir con la cabeza alta, te doy mi palabra.

Santiago sonrió desdeñosamente.

—No quiero viuir, replico con lentitud.

PONTSEVREZ.

(Continuará).

MI VIRGEN

A. R. T.

Tiene el cabello de la virgen mía
el color de la sombra y la tristeza,
y hay en sus bucles, de radiante brillo,
el perfume del nardo y la azucena.

Hay en sus ojos, do aletean las dichas,
la fascinante luz de las estrellas,
ojos que evocan al mirar radiantes
de pasional amor, sacro poema.

Tiene en su rosiro de jasmín, los tintes
de una aurora oriental, pura y risueña,
y hay en su garbo, de cclumpios suaves,
de un arpa vibradora la cadencia.

Su sonrisa es fulgor de una ventura
que aromatiza y á la par inciencia
y hay en su voz arrullos. que parecen
ser desprendidos de una guzla persa

Vive en su alma; la flor del sentimiento
que es de virtudes celestial emblema
y a acaricia la nieve de su frente
el beso de las dichas sempiternas.

Asi es la virgen púdica que adoro
con el fervor de mi pasión inmesa
y la que inspira mis sentidos cantos
en la noche fatal de mi existencia.

Amancio D. SOLLIER.

Montevideo, Abril 9 de 1898.

COLÓN

Tu cerebro magnífico y potente
concibió de otro mundo la existencia,
y escuchando la voz de tu conciencia
y el noble empuje de tu clara mente

En pos del ignorado Continente
se lanzó tu soberbia inteligencia,
que al fin encnentra la dorada creencia,
colocando un laurel sobre tu frente.

Y fuiste grande; más la vil materia
envidiando tu gloria sin segundo,
hizo que luego la fastuosa Iberia

Te diera penas y dolor profundo;
"dejándote morir en la miseria
"el Rey ingrato á quién legaste un mundo!"

David V. GONZALEZ.

Durazno, Abril 8 de 1898.

Jesús encuentra á la Verónica

¿Quién es esta mujer que sale al encuentro de Jesús en el camino del Calvario y que se acerca su rostro divino, desfigurado por la sangre que se desprende de la cabeza coronada de espinas y por el copioso sudor que le arrancan sus sufrimientos?

No lo dice á ciencia ciertala tradicion; pero el alma piadosa lo adivina, y en su lenguaje misterioso dá á esta mujer el nombre de «Verónica», que quiere decir «Victoriosa»: victoriosa del mundo por encima del cual pasa sin miramiento para llegar hasta Jesus, vendido y despreciado y condenado à muerte, victoriosa de los soldados y sayones que rodean á la sagrada victima, de quienes ni las injurias la intimidan, ni la asustan las amenazas; y victoriosa de si misma, que es la mayor de las victorias, haciendo que al amor y á la compasiòn cedan y se rindan las repugnancias de la naturaleza.

Valor ejemplarisimo que premia Jesucristo dejando impresos los rasgos de su faz adorable en aquel lienzo que sirve de instrumento á una piedad tal noble y nerosa.

¡Oh, Dios mio! Todavia Jesús sube penosamente la empinada senda del Calvario, herido por unos, blasfemado por otros, desconocido y atropellado en su doctrina, en su moral en sus ministros. . en la obra toda de su infinita misericordia, que es la Iglesia Católica.

Le sigo, pero no de cerca, compadézcome de sus dolores, pero no me atrevo á aproximarme á Èl para aliviàrselos; beso, á las veces con efusión, el reguero de sangre que deja en su camino, pero me falta arrojo para salir resueltamente à su encuentro é imitar la conducta de la santa mujer por todos y por mí mismo celebrada.

La fiereza de los sectarios, las exigencias de la sociedad, el temor al ridiculo, las propias conveniencias, el interés, la indeferencia, el egoismo... todo me detiene.

¿Puedo esperar, como recompensa, que Jesús deje grabadas en mi alma sus facciones divinas, y con ellas la hermosura de sus virtudes y los esplendores de su gloria?...

Florencio JARDIEL.

TODO POR LA PATRIA

Con este título acaba de editar lujosamente la casa Esteve, una marcha militar para piano, original de la distinguida señorita Emelina Viera, la cual la dedica al Excmo. Presidente Provisional de la República.

Ya en otra ocasion,—con motivo de la primera pieza musical que la señorita de Viera hizo conocer al público,—tributamos á la novel compositora nuestro mas sincero aplauso á la vez que la alentabamos al cultivo del divino arte.

En la marcha militar,—que nos ha agradado infinitamente — notamos gran progreso musical en la joven compositora por lo que no dudamos verla dentro de poco ocupando uno de los primeros puestos entre los amantes de la música nacional mas distinguidos.

«Todo por la Patria» agradará indudablemente á nuestra sociedad como nos ha agradado á nosotros por lo que nos permimos recomendarla al público.

Felicitamos á la señorita Viera por su nuevo triunfo alcanzado.